

El domingo, en Villafranca...

Cuando estas líneas puedan ser leídas en el periódico, poco faltará ya para que en Villafranca se haga el gran silencio de la devoción y el amor para los poetas y sus versos. Está al caer; no, no, está al abrirse como una flor la Fiesta de la Poesía. La fiesta del Cristo, por ejemplo, sí que cae como una fruta madura, allá en el tiempo de la plenitud del campo y de los corazones bregados por el verano; pero esta otra feria increíble, la que concierta el canto de los ruseñores con el de los poetas, es un acto confirmatorio de aquellas flores tempranas de los almendros por Santo Tirso, de toda la terca y poderosa floración de un pueblo ancho que se llama Bierzo, o sea, vergel; o sea, jardín.



Yo no quiero quitar mérito -al contrario- a ese puñado de paisanos míos que andan empeñados ahora mismo en desmentir lo de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero sí digo que en su quehacer de estas horas previas, vísperas de la fiesta, tienen ya resueltos dos aspectos, por lo menos, que preocuparían a cualquier comité. Pienso en el marco o escenario de los actos. Y aludo a esa necesidad de fomentar el clima para un mínimo decente de escuchadores. Pero en este caso, digamos que la Alameda de Villafranca, nuestro parque íntimo y delicioso, con la curva graciosa de su Herradura, no necesita más arreglo que el mismo de todo el año: el que le viene de la bondad de Dios y del amor de los hombres por la belleza frágil de las flores. En cuanto a la atención de las gentes, ya sabéis algo de Villafranca. Ser poeta es aquí -por rareza en la geografía de España, en la del mundo- una de las más altas aventuras que puedan acontecerle al hombre y no sólo por el respeto de los cultivados, sino porque un poeta en Villafranca es capaz -pasmaos- de atraer la popularidad. Lo que un torero en otras partes. Casi como un futbolista. Recuerdo la fiesta del año último. Me es testigo Crémer. Me lo es también González Alegre, Ramón, desde su elocuente silencio definitivo: Por las esquinas de Villafranca, en los escaparates de las pequeñas tiendas entrañables, sobre los ómnibus de "Ferias, Fiestas y Mercados", por todas partes había carteles grandes, impresos con amor y varias tintas, donde éramos anunciados con una encantadora, casi escandalosa espectacularidad. También había, pero más pequeños y apagados, menos clamorosos..., los anuncios para un partido de fútbol en el Campo de la Ruquela.

Este año, sobre el pavés florido del jardín de Villafranca se alzarán otros poetas,

desconocidos -algunos- para los fieles del Bierzo. Voces nuevas sonarán en la umbría que por una o dos horas se convierte en catedral de los versos, más que en teatro. Son caballeros de toda España que han querido acudir a la convocatoria villafranquina, ganándose la admiración y el aplauso por el camino de un torneo competido y noble. Un jurado paciente y desinteresado los escogió entre muchos cientos. Ahora van a llegar a Villafranca para que la asamblea soberana del pueblo confirme el fallo de sus aplausos. Pero antes, con su fervorosa escucha; con ese silencio que, al decir corriente, ahora cargado de significación, "es como si estuviésemos en misa".

Antonio PEREIRA